

„tedad eternizaria su nombre, logrando un descubrimiento que el „cielo sin duda le habia reservado.”

Hizo este razonamiento de Luis de S. Angel grande impresion en la reina, que se veia importunar en la misma conformidad de Alonso de Quintanilla, que con ella tenia autoridad. Agradeció el consejo, y quiso que se ejecutase luego la empresa; y como los gastos de la guerra habian consumido su erario, dijo que tenia á bien se empeñasen sus pedrerías y las joyas de su cámara, para buscar el dinero que fuese necesario. Luis de S. Angel ofreció de prestar de su hacienda la cantidad necesaria. Con esto mandó la reina fuese un alguacil de corte tras de Colón, que ya iba caminando para Francia, y de su parte le dijera que le mandaba volver y le trajese, el cual le alcanzó á dos leguas de Granada en la puente de Pinos; y aunque muy sentido del poco caso que de él se habia hecho, volvió á Santa Fé, á donde fué muy bien recibido de la reina Doña Isabél, y luego se cometieron sus capitulaciones y despachos al secretario Juan de Colón, despues de ocho años que andubo padeciendo muchos desaires y grandes penurias; pero que en bre e se borraron de su memoria por la benigna acogida de la reina, que lo dejó esclavizado con sus grandes modales á su servicio, y por la satisfaccion de verse despachado en la conformidad que deseaba y pedia.

CAPITULO 2.º

Conciertanse las capitulaciones siguientes á diez y siete de abril de mil quatrocientos noventa y dos.

1.º Que los reyes católicos como señores del oceano, nombrarian, como desde ahora nombraban á D. Cristobal Colón su almirante, y su virey perpetuo de todos los mares, islas y tierra firme que descubriese; que gozaria durante su vida, y despues de su muerte sus herederos y sucesores de uno en otro perpetuamente de los dichos empleos, con todas aquellas preeminencias y prerrogativas en cuanto al primero, que tienen los almirantes de Castilla en sus distritos; respecto al segundo con la autoridad, y jurisdiccion, que se suele conceder á los vireyes y gobernadores.

2.º Que para el gobierno particular de cada plaza, isla, provincia ó reino, haga eleccion de tres personas para cada oficio, y que sus Altezas tomen, y escojan uno, el que mas fuere de su agrado.

3.º Que todas y cualesquiera mercaderías que se ganasen ó hubiesen dentro de los límites del dicho almirantazgo, sus altezas hacian merced á él como Almirante, y virey de la décima parte para sí mismo, quedando las otras nueve para sus Altezas.

4.º Que en cualquiera parte de España, donde se comerciase con las indias, pusiese jueces que determinasen los pleitos tocantes á aquellas materias, segun que lo tenian los almirantes de Castilla.

5.º Que en todos los navios que se armasen para negociar en los nuevos descubrimientos, podia interesarse en la octava parte de lo que resultare de sus provechos, contribuyendo en la misma cantidad para sus gastos.

Firmáronse los dichos capítulos por los reyes católicos en la villa de Santa Fé de la Vega de Granada, donde acababan de destruir enteramente los muros, despues de ochocientos años de tan duro dominio. Diéronse á D. Cristobal cartas patentes para todos los reyes y principes del mundo, para que le diesen buena honra y buen acogimiento, como á capitán y ministro suyo, y salió en doce de mayo del mismo año de mil quatrocientos noventa y dos, para la villa de Palos á fin de disponer el viaje. Aunque pareció que la cédula y despachos de Colón se hubiesen espedido á nombre del Rey y de la Reina, no entró en nada de esta empresa la corona de Aragon: Castilla hizo todos los gastos de ella, y solo para esa corona se descubrió y conquistó el nuevo mundo; de modo que todo el tiempo que vivió la Reina Doña Isabel, casi únicamente se daba licencia á los castellanos para pasar y establecerse en las tierras occidentales descubiertas; bien que en los despachos se reconocía la soberanía del rey D. Fernando, firmándolos algunas veces, solo como representando á la reina de Castilla su esposa. Remitióse á Colón despues de haber salido de Granada orden de los reyes católicos, que no tocase á las costas de Guinea, ni que se allegase cien leguas á las conquistas del Portugal: precaucion que pareció necesaria, segun las circunstancias políticas de aquel tiempo. Fué D. Cristobal á la villa de Palos por que habia en ella muy buenos marineros, y tenia muchos amigos, y por la amistad del guardian de S. Francisco el padre Fr. Juan Perez de Marchéna, que le habia servido tanto en su pretension, y no dejaria de continuarle sus buenos oficios. En efecto, le ayudó particularmente disponiendo los ánimos de muchos marineros que repugnaban entrar en viage no conocido, y se valió de los *Pinzones* que eran principales en aquella villa, ricos, y hombres en la mar. Tambien estaba obligada aquella villa á servir á sus altezas con dos carabelas [*] por tres meses de cada año, las cuales mandaron entregar á Colón, quien las armó con otro navio, con la solicitud y diligencia necesaria.

Emprendió D. Cristobal hazaña tan grande con diez y seis mil ducados (8), otros dicen diez y siete mil, que tomaron presta

[*] Carabela es un navio pequeño armado á modo de guerra, y se puede ver su descripcion en la Historia de Portugal, por Osorio. Tom. 2.º

[8] Noticias sacras de las Indias Occidentales Juan Diaz de la Calle que cita estos autores. Gomar. Fernan. de Wiedo. fol. 8. 1535. Gomara en su historia 1553: Fr. Juan Gomez de Mendoza. Orden S. Agustin en su itinerario del Nuevo Mundo 1586. Herrera Chron. de cad. 1.ª Fr. Alonso Fernandez

dos de Luis de S. Angel, escribano de raciones sobre las joyas de la serenísima reina católica Doña Isabel, y este caballero era uno de sus mayores protectores, como traen Herrera, Mariana, Illescas, y otros. Estando su armamento pronto, salió despues de vencidas tantas dificultades á esta empresa el grande Colón, alombrado sin duda del cielo, viernes á tres de agosto de mil cuatrocientos noventa y dos, de la *Barra de Saltes*, (que así se llama el rio de Palos) con una armada proveida de bastimentos para un año, compuesta de tres navios (9) con una tripulacion de noventa hombres [*] otros dicen de ciento y veinte soldados y marineros (10) Llegó el momento por fin, y el oceano recibe los bageles que vuelan al descubrimiento de un nuevo hemisferio bajo los auspicios de aquel genio sublime y esforzado: habiéndose todo ordenado con el ejemplo de Colón, que se confesó con el padre Marchena su amigo, y confesado y comulgado, se hicieron á la vela los navios media hora ántes de salir el sol, siguiendo el rumbo la vuelta de las Canarias, y llegaron á la gran Canaria el dia once de agosto; despues á la Gomara donde se detuvo cuatro dias para hacer agua, leña y carne con la mayor diligencia, porque supo que andaban tres carabelas portuguesas por aquellas islas, para prenderle por el sentimiento que tuvo el rey de Portugal, quando supo que Colón se habia concertado con los reyes católicos. Apartóse de esta isla á los seis de setiembre que se puede contar por principio de la empresa, y salió la vuelta del occidente experimentando muchas calmas; pero de todas las pruebas, porque debia pasar, la mas cruel le quedaba por venir. Casi perdido en medio de inmensos é ignorados mares, se vé hecho el objeto de las murmuraciones. Los insultos, los clamores y el furor de una tripulacion sublevada, fueron mas terribles para él, que los vientos y las olas; unas veces se vale de la autoridad y otras de la persuacion; y al mismo tiempo que amenaza, ruega, y promete, á fin de intimidar y de acalorar con su entusiasmo, unos corazones á quienes helaba el temor y acobardaba la desesperacion. Luego pues que perdió la tierra de vista, muchos temien-

historia eclesiástica de nuestros tiempos fol. 14. 1601. Monarquía Indiana Turquemada. 1614: Tablas Chronol. del padre Claudio Clemente Societato Jesu 1641 Fr. Pedro Simon fol. 4548.

[9] *Llamábanse la Nña, la Pinta y Sta. Maria. En la primera iba Colón, en la segunda Martin Alonso Pinzon, en la tercera que tenia velas latinas Vicenta Yañez. Por pilotos fueron Sancho Ruiz, Pedro Alonso Nño y Bartolomé Roldan. El núm. de personas que partieron llegó á 120. Muñoz Historia del Nuevo Mundo, pág. 69 tomo 1. El editor.*

[*] *Herrera deca 1.º lib. 1.º fol. 13. Fernan. Colon hist. cap. 14 fol. 13 y otros.*

[10] *Callé, noticias sucras cap. 1.º folio 1 con los autores que citó. Padre Charlevoix historia de la isla española libro 1.º página 105.*

do que no la verian mas, suspiraron y lloraron; pero D. Cristóbal Colón los alentaba con la esperanza de muchas riquezas. Fué refrescando el viento, y segun sus observaciones fué corriendo el golfo que hoy se llama de las *Damas*, y al cabo de ocho dias de navegacion, se espantó su gente de ver manchas de yerva entre verde y amarilla, que llaman los botánicos *alga marina*, en la superficie del agua, por lo cual muchos entendian que se hallaban cerca de tierra; pero como Colón continuaba su navegacion sin novedad, murmuraban mas y mas del viage; cuantas mas señales veian que salian vanas, tanto mas crecia el miedo de una gente que era nueva en semejante navegacion: se consideraban sin remedio, y sin socorro y aumentaba la ocasion de murmurar la viva consideracion de no ver sino agua y cielo, engolfados á su parecer en mar interminable. Decian entre otras cosas, que pues en tanta distancia habian siempre llevado vientos en popa, con dificultad podrian volver á Castilla, y que puesto que ya habian satisfecho su obligacion en tentar empresa tan peligrosa, y estaban tan remotos de tierra, y de todo socorro, habiendo navegado mas lejos que otros algunos en aquel mar, no debian seguir el viage; y no faltaron algunos que decian que para quitar contiendas, lo echasen en el mar si no desistia de su intento, publicando despues que él se habia caido estando mirando á las estrellas. Viendo el Almirante la gente alterada, y que por grados le iba perdiendo el respeto, se gobernó con la mayor prudencia, animándola con buenas palabras, y otras advirtiendo el castigo que se les daria, si impidiesen el viage; con lo cual templaba con el miedo la insolencia, y para confirmacion de que por las señales vistas, en breve tiempo hallarian la tierra, empenó su palabra, que si dentro de tres dias no la hallaban, volvería á tomar como ellos deseaban el rumbo de España. No debia de estar desde luego muy lejos de tierra Colón, conociéndola segun algunas señales, como por lo fresco del aire, por las nubes pequeñas, que son muy bajas al levantarse el sol, por el fondo que encontró quando echó la sondealesa, y vió la calidad de la arena que salió pegada al escandallo; por los vientos desiguales é inconstantes que rechazaban el del mar, y que venian necesariamente de tierra. Al dia siguiente vió pájaros diversos como Alcatraces, rabos de Junco, que es pájaro marino que nunca reposa y va persiguiendo á los Alcatraces, y se mantiene de su estiercol (si es verdad lo que dice Herrera) haciéndoles de miedo vaciar el vientre, serviales esto de mucho consuelo. En efecto la noche del 12 de octubre de 1492 despues de treinta y dos dias de incertidumbre y de temores, se verificaron las vastas empresas de Colón, y logró dar al antiguo un nuevo mundo. (11) Vió el Almirante primero humo, y luz en tie-

[11] *Estando en el castillo de Popa Colón vió una luz que se movia como á las diez de la noche. Rodrigo de Triana fué el primero que gritó tierra! tierra!... Concediósele por merced 30 escudos anuales y un jubon de seda. Muñoz pág. 81. E. E.*

ra entre las tinieblas de la noche: con esto cobraron aliento los marineros que estaban ya despechados, y estando cerca de tierra, y à su vista, unos llenos de admiracion y de espanto, lloraban de gusto al ver una tierra que no esperaban; otros le besaban con respeto las manos llamándole *su padre*, y todos con lágrimas en los ojos le pedian perdon de las injurias que por su temor é inconstancia le habian hecho.

Llegò el dia, (12) reconocieron que era una isla de veinte y cinco leguas de largo, otros dicen de quince, [*] llana, y sin montes, llena de árboles muy verdes con una laguna en medio; poblada de muchas gentes, que corrian à la marina ó playa, maravillados de ver los navios, pensando que eran algunos animales, no viendo la hora de saber de cierto lo que fuese, y los castellanos de llegar à tierra, y saber quienes fuesen ellos. Presto fué satisfecho su deseo, porque el Almirante saltó en tierra con la barca armada, desplegando el estandarte real. Lo mismo hicieron los capitanes de los otros navios entrando en sus barcas con la bandera de la empresa, que era una cruz verde con una F. en una parte, y de la otra tenia otras coronas en memoria de D. Fernando y de Doña Isabel; y todos dando gracias à Dios arrodillados, besando la tierra con lágrimas de alegría. El Almirante se levantó en pie, y puso por nombre à la isla *S. Salvador*, otros dicen la *Deseada*, que los naturales decian *Guanahani*, una de las islas que despues llamaron de los *Lucaicos*, à novecientos y cincuenta leguas de las Canarias, que estan entre la Florida y Cuba, apartada de la de Guadalupe como diez leguas tirando al nordest. Fué hallada en treinta y tres dias de navegacion: se plantó una cruz sobre la orilla, y con la solemnidad necesaria tomó posesion de aquella isla en nombre de los reyes católicos, por la corona de Castilla y de Leon ante Rodrigo de Escobedo, escribano real de la armada, estando presentes muchas gentes de la isla; los castellanos luego lo recibieron por almirante y virey, y le juraron la obediencia, como à quien representaba la persona real, con el mayor júbilo por tan grande hallazgo. Conoció el almirante que aquellos isleños era gente mansa y sencilla, y que estaban atónitos mirando à los cristianos, espantados de las barbas, blancura, y vestidos; les dió algunos gorros colorados, cuentas de vidrio que echaban al cuello, y otras cosas de poca importancia, que estimaron mas que si fueran piedras preciosas: admirándose tambien los castellanos de ver aquella gente desnuda, su talle y costumbres particulares en trages y facciones. Se reconoció despues que habian mirado à los europeos como hombres de una especie particular, y de un orden superior: defacto habia grandes diferencias entre unos y otros. Los bárbaros tenian los cabellos gruesos, y muy negros

[12] *El mas infausto que pudiera para la América: en él se fijó su esclavitud.*

[*] *Herrera y Charlevoix que le sigue.*

cortados sobre las orejas, y muchos que los traían algo largos, los tenian atados con un cordon grueso al rededor de la cabeza, à modo de trenza, y como gente que parecia de la primera simplicidad: iban todos desnudos, hombres y mugeres como nacieron, sin tener un pelo en todo su cuerpo, y veian al contrario los castellanos, con barbas largas, y el pecho poblado de pelo, y mas les causaba admiracion à ellos ver à los nuestros vestidos, que à los europeos verlos desnudos. [*] En fin el color de la cutis y las facciones de la cara, eran tan diferentes en unos y en otros, que no cesaban de mirarse recíprocamente, siendo igual la sorpresa. Unos estaban pintados de blanco, otros de negro, y otros de colorado: algunos en la cara, otros en todo el cuerpo, y algunos solamente en los ojos y la nariz; afeite que lejos de adornarlos, los hacia mas feos, pues aunque tenian buenas caras y facciones, las frentes que usaban tan anchas los afeaban: quizás hacian el mismo juicio de los europeos, cuya barba ocultaba gran parte de sus caras, y como todo está fundado sobre la opinion, lo que degenera en costumbre parece bien conforme al modo con que se mira. No tenian armas como las nuestras, ni las conocian; de manera que enseñándoles los cristianos una espada desnuda, la cogian por los filos bobamente. No tenian cosas de hierro, y para labrar la madera se servian de piedras de rios muy duras y agudas, y porque algunos tenian cicatrices, se les preguntó por señas la causa de ellas, y tambien por señas respondieron que las habian recibido defendiéndose de las gentes de otras islas, que venian à cautivarlos. Bien formado el cuerpo de color aceituno, como los de Canarias; los mas eran mozos de hasta treinta años, aunque habia muchos viejos: parecian de buena lengua é ingenio, porque volvia à decir con facilidad las palabras que oian una vez. Cualquiera abalorio que les daban les parecia precioso, y los castellanos por su lado, que se hallaban en un mundo nuevo donde no veian cosa semejante al viejo, ni en árboles, ni en plantas, ni en pájaros, ni en hombres aun, no sabian si estaban despiertos, y les parecia todo un sueño. No habia animales algunos en la isla, excepto los papagayos, que venian à trocar por cascabeles, y otras cosas de poca estimacion. Bastante algodón produce aquella tierra, y tambien traian ovillos para rescatar hilado, y daban gran porcion por tres cuartos de Portugal, que no valian un cuatrin de Italia, y estos ovillos pesaban mas de veinte y seis libras. En este comercio se pasó el dia, y llegada la noche, se fueron los indios à tierra, y es de advertir que la liberalidad que mostraban, no provenía tanto de la estimacion que hacian de nuestras dádivas de vidrio y abalorios, sino que juzgando que los castellanos habian bajado del cielo, deseaban tener alguna cosa suya para memoria, pues no se hartaban de mirarlos: hincábanse de rodillas, alzaban las manos dando gracias à Dios, y se convidaban unos à otros à que fuesen à ver los hombres del cielo.

[*] *Igual fué la admiracion de los europeos y bárbaros; digase mejor, la admiracion era recíproca, E.*

Embarcóse el día siguiente el Almirante para correr por la costa de la isla ácia el norueste, por si hallase algun puerto bueno, y halló uno tan capaz que pueden caber muchos navios cómodamente. Viéndole ir los bárbaros, le siguieron á bordo en gran número, muchos nadando, otros en canoas, como podian, y preguntaban por las señas si venian del cielo. El Almirante á todos regalaba cuentas de vidrio, y otras bugerías, hasta que llegó á otra península habitable, donde podia hacer una fortaleza. Aquí tomó razon mas espacio de estos isleños sobre la calidad de su tierra, y supo de ellos que su isla se llamaba *Guanagarí*, y que los habitantes de su isla y de muchas otras circunvecinas se llamaban *Lucayos*, y de allí ha venido dar el nombre de *Lucayas* á todas las islas que están al norte, y al ouste de las grandes Antillas, y se terminan al canal de Bahama. La mayor parte de sus indios mansos, viniendo á bordo de los tres navios de Colón, habian traido papagayos y algodón por que le pareció que los castellanos habian hecho mas aprecio de estas cosas, y se le dió en cambio campanitas, que se colgaban al cuello y a las piernas, frágmentos de loza, sartas de avalorios, que recibian con grande gusto: como todos querian tener de esas cuentas y campanitas, bien presto se hallaron los tres navios llenos de algodón y de papagayos, que armaban un ruido y una algazara extraordinaria. No se vieron en ellos joyas ni cosas de precio, salvo algunas planchitas de oro que traian colgadas de las narices. Preguntóseles de donde venia aquel oro, respondieron que de la banda del Mediodia, á donde habia un Rey que tenia mucho, señalando con las manos; y entendiendo el almirante que habia otras tierras, determinó ir las á buscar, y conociendo no ser aquella tierra la que buscaba, ni de tanta utilidad que pudiese poblar en ella, despidió á los indios, regalándolos muy bien, y dejándolos muy contentos; y vuelto á sus navios tomó siete indios por sus intérpretes, y navegó ácia otras islas que se veian desde la península. Llegó á una de ellas distante siete leguas, el día quince de octubre, y le puso por nombre *Santa Maria de la Concepcion*, y sin detenerse en ella navegó el día siguiente ácia el oueste, ocho leguas á otra isla mucho mayor, cerca de la costa de aquella que corre á norueste, sueste, mas de diez y ocho leguas, y llamó *Fernandina* en memoria del Rey. Allí hizo aguada, y los indios se unieron á rescatar en la misma forma que los de las otras islas, porque toda la gente de ellas era de una misma calidad, aunque estos parecian de mayor advertencia, por que fiaban algo en el rescate y sabian recatear. En sus casas tenian paños de algodón ó colchas, y las mugeres andaban cubiertas con una fagilla de algodón, y otras con un paño tejido que parecia tela, desde el ombligo hasta medio muslo, y las que no podian mas se cubrian de ojas de árboles. Pareció esta isla muy llana, abundante de agua, con muchas arboledas, y algunos cerrillos verdes y graciosos que no habia en las otras, con infinita diversidad de pájaros diferentes de los de Castilla. Entre otras cosas notables que se admiraron en aquella isla, fué ver los árboles que parecian enxertos,

porque tenian ojas y ramas de cuatro y cinco maneras, producidas naturalmente. No hallaron animal alguno, sino lagartos ó yguanas, y algunas culebras. No habiendo hallado oro el Almirante en esta isla mas que en San Salvador y la Concepcion, pasó á otra llamada *Saomoto* en lengua del país, á la cual puso por nombre *Isabel*, en honra de la Reina católica, y tomó posesion de ella con las mismas formalidades que en todas. En fin el día veinte y ocho, se halló cerca de una tierra muy dilatada llamada *Cuba*, y le puso el nombre de *Juana*, en memoria del príncipe D. Juan, heredero de Castilla sin saber aun si era isla ó continente. El nombre de Juana que le puso á esta isla, como tambien el de Fernandina, no han subsistido, habiendo siempre guardado la isla el que le habian puesto sus antiguos habitantes. El puerto donde el Almirante entró, es el que despues se llamó *Baracoá*, tomado este nombre de un cabo que está á la entrada ácia el léste. Se aprovechó de esta ocasion que se le venia á la mano de un buen puerto, para calafatear su navio, y para dar sus órdenes, á fin de que se reconociese bien la isla donde le habian asegurado que abundaba el oro.

Hizo eleccion de dos castellanos con unos indios de S. Salvador, y otro de Cuba para el reconocimiento de lo interior de la isla, mandándolos entrasen en ella, acariciando los indios que encontraron en el camino. Despues de haber andado estos mensajeros como veinte leguas, no juzgaron por conveniente pasar mas adelante, y á su vuelta refirieron haber visto gran número de pueblos, hasta de cincuenta casas bastantemente grandes, todas de madera, cubiertas de paja, donde los habian recibido como hombres bajados del cielo: que los indios uno á uno les habian llegado á besar los pies, los hombres primero, y las mugeres despues, ofreciendo los dones que llevaban, que entre otras cosas que les habian regalado, eran unas raices á modo de nuestras batatas, que asadas saben á castañas, y hoy se llaman *muniatos*, ó *guacamotes*, rogándoles mucho se quedasen con ellos: que por las calles de aquellos pueblos habian hallado mucha gente que llevaba un tizon encendido, para hacer lumbre, y zahumarse despues con algunas yerbas que para este efecto llevaban consigo, y para tostar aquellas raices que les dieron que era su principal comida, y el fuego era facil de encender, porque tenian cierta madera, que apretado un leño con otro, se encendia lumbre: que el país era muy hermoso y améno, lleno de infinitas especies de árboles y yerbas que no habian visto: que no habian observado con todo cosa especial, sino una grandísima abundancia de algodón, que hilan aquellos pueblos, no para vestirse, sino para hacer sus redes y hamacas, y hacer enaguas de muger á modo de pañetes con que se cubren las indias: que habian visto gran diversidad de aves muy diferentes de las nuestras: que animales cuadrúpedos no habian visto ninguno, escepto perros que no ladraban, y otro animal que llamaban *utias*, que se asemeja al conejo, y deben de ser los que llamamos *cuyos*; que lo que sembraban era muchas raices de las mencionadas, y otro grano que llamaban *maiz* de muy buen sabor, co-

cido ó tostado, ó hecho polenta que en el día se llama *atólo*. Preguntados despues si tenían oro, perlas ó especeria, hacian señas de que habia grande abundancia ácia el Leste, en cierto parage de que no estaban bien enterados, y en una tierra llamada *Bochio*, que es ahora la isla española que ellos llamaban *Babeche*: supose despues que ese paraje que señalaban se llamaba *Cubanacán*, tenia efectivamente oro, pero en pequeña cantidad. En cuanto à *Bochio* no era nombre de pais, sino que en su lengua queria decir una tierra, donde habia gran porcion de pueblos y casas.

Tanto aseguraban al Almirante que habia de encontrar oro en *Bochio*, que se empeñó en ir en demanda de aquella tierra. Varios isleños de Cuba se ofrecieron á guiarle, y aceptó de buena gana sus ofertas. Su objeto era el que enseñasen el idioma castellano á algunos de sus indios para informarse mejor de las particularidades de aquellas tierras, pues por falta de inteligencia en la lengua de esas gentes, se suelen perder unas noticias importantísimas, ó caer en errores que podian traer perniciosas consecuencias; y así tomó algunos de ellos para que diesen cuenta de las cosas de la tierra, y mandó que los tratasen muy bien, y los acariciasen. Por causa de los vientos nortes hubo de volver á un puerto de Cuba que llamó *del príncipe*, de donde muy cerca se veian muchas islas, pedregadas unas á otras, y altísimas, y esta parte llamó el *Mar de Nuestra Señora*. Salíó de este puerto, y despues de haberlas reconocido, surgió en otro puerto grande y seguro que llamó *Santa Catalina*, por haber llegado en las vísperas de su día: aquí hizo agua y leña; halló un rio en que podría entrar cómodamente una galera, y su hermosura le movió á andarlo con su barca, y subió mas arriba. La amenidad del agua en la cual se veian hasta las arenas del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las mas altas y hermosas que habia hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, á donde los pajarillos son tan varios y lindos, y el verde de los campos, hacen á este pais tan hermoso, y que sobrepuja á los demás en amenidad y belleza: todo esto se llevaba la atencion; pero otro acaecimiento le inquietaba, y es que la Pinta mandada por Martín Pinzon se habia desaparecido desde el día *veinte y uno*. Avisado este capitán por algunos indios que llevaba en su carabela de que en las islas de *Bochio* habia mucho oro, codicioso de enriquecerse se apartó del Almirante, sin fuerza de viento, ni otra causa legítima, con el fin de llegar primero y aprovecharse grandemente de la noticia. Recibióla el Almirante en el puerto de Santa Catalina que le consoló un poco, y encontró allí habitantes de la isla de *Bochio*, que ellos llamaban *Hayti*. Le confirmaron las noticias de que en su isla habia mucho oro, y sobre todo le aseguraron que habia y encontraría gran porcion en una tierra llamada *Sibáo*. Este nombre despertó mas las primeras ideas, que tenia concebidas del *Cipango* de Marcos Pablo de Venecia. Se apresuró inmediatamente á navegar en su busca: metió á bordo de su navio, que era bien velero, estos mismos isleños, que le habian

dado tan agradables avisos, y le habian prometido conducirlo á las minas ácia el Levante por la costa de Cuba, llegó al Cabo Oriental de ella, y de allí partió para la española, que son diez y ocho leguas de travesía al Leste, las que anduvo en veinte y cuatro horas, y el día siguiente, día de San Nicolás, entró en un puerto bueno y grande, de mucho fondo, rodeado de espesas arboledas, que llamó *San Nicolás*, nombre que hoy tiene todavía. Bien hubiera querido el Almirante quedarse algun tiempo en el puerto referido, para el descanso de su tripulación, hacer aguada y aprovecharse de esa detencion para descubrir la calidad del país; pero le inquietaba mucho la desercion de Martín Alonso Pinzón que consideraba haberle llevado la delantera, y podia haber llegado á las minas de *Cibáo*: á mas de eso sus guías le decian que para dar con ellas, era preciso caminar mas adelante ácia el Leste. Pasó pues adelante la vuelta del Norte, y á poco andar, vió una isla pequeña, que parecia tener la figura de una tortuga, y de facto le dió ese nombre, y por el mal tiempo que sobrevino, se vió necesitado de buscar un abrigo, y lo halló en un pequeño puerto al Sur de la española que llamó de la Concepcion, y los franceses despues le han llamado *Port d'Écu*. Continuando el mal tiempo y la mar estando muy embravecida, quiso el almirante reconocer lo interior de esta isla *Bochio*, que era muy grande, y envió para este fin tres castellanos (otros dicen seis) y habiendo andado gran espacio de tierra, volvieron sin hallar gente. Dijeron cosas maravillosas de la tierra que no podia ser mejor, llena de árboles semejantes á los de España. El mismo Colón habia oido cantar un pájaro que le pareció Ruiseñor en la melodía de su canto. Habiendo echado las redes en un rio muy agradable que corria por una llanura la vuelta del puerto, y tambien desde los navios sacaron salmones, lenguados, y otros peces parecidos á los de Castilla, así no dudaban que aquella isla fuese muy fértil y llena de riquezas: determinó en consecuencia conformarla en el nombre, llamándola *Isla Española*.

CAPITULO 3.º

Como el Almirante prosigue el descubrimiento de la Isla Española.

Mandó el Almirante poner una gran cruz en la entrada del puerto á la parte del Ouést, y en tanto que la gente estaba pescando en la playa, se entraron tres cristiauos por el monte mirando los árboles: vieron mucha gente desnuda, que echó á huir con mucha ligereza por los bosques espantada: luego que se acercaron los nuestros, corrieron los marineros tras ellos, metiéndose en las espesuras, y solo pudieron coger á una muger que llevaba colgada